

Todo lo que todavía serás

Reina María Rodríguez

Tenía temor de conocer a Lorenzo García Vega y cuando por fin lo conocí, era una estrella enorme elevándose, una montaña rusa en un parque de diversiones dentro de sus ojos azulitos como un cielo de verano, y yo era una niña que jugaba ensimismada en él. Subía y bajaba de esa montaña que él me dijo, aquella tarde en casa de Carlos M. Luis, que era el país. Pues, en la montaña plástica y con hierros retorcidos que él veía como la patria, había dos fuentes de las que habíamos bebido de un lado y del otro, contaminadas ambas, y nos envenenamos en ellas cada uno en su esquinita, sin caer. «Caer, ¿con qué espacio?» –se pregunta Lorenzo–, al quedar en un espacio mínimo, reducido donde empezar sus piruetas.

Un tren sube por la tela pintada (del sayón) y llega hasta mi máquina, al compás de esa otra máquina: «máquina absurda de prodigios», la llama él. Puede ser el ferrocarril que los arrastra (al desánimo, al texto) con humo prieto y emoción descarrilada. Me gusta ver lo que no aparece dentro de ellos cuando la niebla pasa. Me gusta verlo sufrir por una perfección que es el error. Me gusta su juventud encubierta en el bastón y esos ojitos por donde más que mirar, escruta. Así nos vimos el 31 de mayo del 2007, siete años después, de madrugada, en un barcito madrileño (hacía cuarenta años que él no iba a la Metrópoli) y allí estaba, imponiéndose con su vitalidad y preguntando por todo, ¡clarísimo! metido en «el berenjenal bendito» del que nunca salió.

Así volvimos a vernos este año, bajo una lluvia intensa, en Miami. Él iba con su sombrero y un paraguas de donde pretendía sacar, tapado doblemente en sus recovecos, pero desprovisto para tanta lluvia, expresiones de un humor desconcertante, «en un tránsito continuo entre la luz y las sombras, entre lo soñado y lo vivido, invención y realidad en perfecta fusión hasta perderse los

límites entre una y otra» –ha dicho el crítico y compilador de su obra Enrique Saíenz–. Un Lorenzo vanguardista a toda costa, barroco, destartalado, incomprendido desde su primer libro publicado en 1948.

El camino lleno de vericuetos de Lorenzo (el descarriado de *Orígenes*; la oveja negra) es un camino con púas, y eso fue lo que más me estimuló: su desacralización constante, su ironía, su humor, los saltos dados sobre un carrusel que llamará nación; su vocación de provocador, hasta su desfachatez al usar localismos con tanta lealtad. «Pues bien, para serle fiel a la postmodernidad, y fiel a lo intertextual, y fiel a todo ese matolaje...» dice, colocándose frente a la *Devastación del hotel San Luis*, su novela.

Por eso, *Lo que vamos siendo*, con selección y prólogo de Enrique Saíenz para la «Torre de Letras», cuando el punzón no podía traspasar con su filo (pobre filo real) sus trescientas páginas –porque son libros cosidos a mano– y luego, publicado comercialmente por Ediciones Matanzas (2009), representa un lujo en la Isla, donde no se le había publicado desde que se fue, y sentí que él estaba mirando lo que hacemos desde un huequito, porque siempre ha estado, escrutándonos, reconociéndonos. Reconociendo esa realidad hecha jirones convertida en manuscritos para sus cajitas, donde hay siempre un espacio borrado, una tentación de volver a reconstruirlo todo.

Lorenzo, el reconocido, el reconstructor, que empuja el carrito del mercado en Playa Albina; que sube al tiovivo cuyos caballos se han derretido bajo un sol nostálgico, contra la pared descascarándose con sus memorias de lo que fuera un sitio donde hoy hay yerbajos, espinas, patinejos. Él, el «patico feo», que escribió *Los años de orígenes*, uno de los libros de ensayos más importantes de la literatura cubana (el clandestino, el oculto) libro que ha influido en poetas de generaciones posteriores como: Antonio José Ponte, Rolando Sánchez Mejías, Javier Marimón, Damaris Calderón, Pablo de Cuba, Carlos Aguilera, y que se roban también ya poetas argentinos de varias generaciones; porque, Lorenzo G. Vega influye en un modo de socavar «lo literario» de esos fragmentos de vida que no quieren sujetarse a un destino o aferrarse a un canon, y en ese precipicio (momento en la altura y tensión de la montaña mágica de un parque de diversio-

nes propio) nos asaltan, sus frases que son ripios, curiosidades, vértigos, sueños, porque «a veces, la resignación es como un sueño», nos dice.

Poesía irreverente, saturada de yuxtaposiciones, cubismo, sarcasmo, «tiritas» que rompe con cualquier criterio establecido de perfección o de la moralidad que siempre apeteció el grupo *Orígenes*, del cual, Lorenzo es (como en aquellos cuadros de Picasso hechos por el fondo) su envés. Improvisaciones, anarquismo, juego, instalaciones (como en la pintura actual); un tipo de voz que se quiebra en el proceso de su viaje: «¿Fotos de una voz?», dice, de «intimidad mediada», desde su propia «escribidera» donde se da el lujo de hallar y luego, prometer, «un objeto parecido a Mallarmé», en «la penumbra de una vocación carente totalmente de sentido», como dice en ese texto. Lorenzo es un poeta que va construyendo cajitas con poéticas como si fueran carros locos y en ellas, va dilapidando la literatura mundial, «...un eco, un eco, un eco. Es decir tres ecos. Pero, solo literarios ecos. Solo pura Literatura.» (De, *Literatura*).

Agradezco un documental con la entrevista que el escritor Efraín Rodríguez Santana le hiciera en Brasil y que por primera vez en tantos años, nos permitió ver su imagen aquí, en La Habana. Agradezco su aislamiento para lograr su resistencia, y les advierto que: «todo lo que todavía serás» empieza a verse, a salir por debajo de capas y capas de silencio, «Buscando el lugar», como dice un poema suyo, la perforación del tiempo, el agujero, la grieta, donde para este autor no hay consuelo, sino recuerdos, bofetadas, gestos que agita y agita con sus palabras, cuando las remueve sacando del escombros esa parte vaciada, rota y omitida de la cultura cubana que ha sido su tiempo y su valoración.

Tenemos todavía, esa iglesia de Santa María del Rosario que él describe en un texto; y la calle Reina con sus edificios eclécticos; los cucuruchos, las cerbatanas, el mercurio cromo, los retazos con colores inventados, esos «¿amarillos de un fondo punzó? –grotescamente cruel», de un cielo nada protector: «las sillas, los techos, las muertes...»; la infelicidad, los insumos de Lorenzo, el inventor. «De este destartalo, por donde vamos recorriendo una galería de mohosas estampas, el bostezo es la grieta...» (*Por una grieta*) ©